

EL CUMPLEAÑOS NEVADO

- ¿Mañana es el cumpleaños de la abuela, ¿verdad? - preguntó Cristina.
- Si cariño, es mañana, ¡cumple setenta! - le contestó su madre.
- ¿Y cómo lo vamos a celebrar?
- Pues, no lo sé, porque acaba de salir en la tele que dan nieve para mañana
- ¡No me digas! ¡Justo en el cumpleaños de la abuela!
- Es una faena, lo sé, pero no pienses en eso, Cristina. Venga, vamos a la cama, que mañana te esperan muchas cosas nuevas para las que requieres un montón de energía.

Cristina se metió en la cama, se tapó con el edredón celeste de plumas y dejó la persiana subida para poder observar la calle desde la habitación. Veía como cada diminuto copo de nieve resbalaba sobre el cristal, hasta que caía en el alféizar de la ventana y se iba amontonando con el resto. Pensaba en muchas cosas, pero en lo que más, en su abuela, en como celebrarían su setenta cumpleaños, en como le decoraría la tarta, en cuantos regalos le harían... Y entre su imaginación desbordada, sus párpados pesados, la agradable textura del edredón, y el suave pero intenso olor a mojado, se quedó dormida.

Despertó a la mañana siguiente, con un sumuoso paisaje nevado nada más abrir los ojos. Se levantó de la cama con una extraña mezcla de emociones. Se sentía muy feliz, porque hacía mucho tiempo que no veía la nieve, pero a la vez, estaba muy triste por no poder celebrar el cumpleaños de su abuela.

- ¡Mamá! ¡Saca los ingredientes de la tarta de chocolate, que le vamos a hacer una a la abuela, se la llevaré en trineo si hace falta! - gritó Cristina por toda la cocina.

Cristina y su madre se pusieron manos a la obra, primero, hicieron la masa, después la metieron en un molde con forma de corazón, hornearon la tarta, y, por último, Cristina escribió la palabra “abuela” adornada con estrellas en el centro.

- ¡Vamos a casa de la abuela! ¡Llamaré a los tíos para que vayan a celebrar su cumpleaños conmigo! - exclamó Cristina, satisfecha con su trabajo- ¡Así también le podrán llevar sus regalos!
- Pero, si no podemos, le respondió su madre. Están las calles llenas de nieve y no puedo sacar el coche del garaje para ir a casa de la abuela
- Bueno, pues entonces iremos en trineo, aunque tardemos dos horas en llegar. ¡Es su cumpleaños y no me lo pienso perder!

Cristina se calzó las botas, se puso unos pantalones y una chaqueta abrigados, cogió un trineo que algunas veces habían usado para jugar en la nieve, y salió de casa cargada con la tarta de chocolate en una bolsa.

- ¡Ya estamos! Llama al timbre, ¿a qué esperas? - exclamó la madre de Cristina cuando ya se encontraban al lado de la puerta de la casa de su abuela.

Cristina subió las escaleras a todo correr, estaba tan nerviosa que hasta podía escuchar el latido de su corazón.

Abrió la puerta, y ahí estaba su abuela, con una inmensa sonrisa dibujada en la cara.

- ¡Muchas felicidades abuela!
- ¡Muchas gracias, cariño!

Las dos se fundieron en un tierno y cálido abrazo, que duró mucho tiempo, aunque para ninguna de las dos fue el suficiente.

- Te he preparado esta tarta de chocolate, ¿te apetece?
- ¡Ni te lo imaginas!

Toda la familia le cantó el feliz cumpleaños a la abuela, mientras se comían un pedazo de tarta de chocolate con una de las letras de la palabra “Abuela” escrito en él.

- ¡Muchas gracias a todos! ¡Sin duda ha sido el mejor cumpleaños de mi vida! - exclamó la abuela.
- ¿A pesar de la nieve? - bromeó Cristina.
- ¡Sin duda alguna! ¡Filomena, me ha traído un más que fantástico regalo!

Sibila Castinguer